



## LAMENNAIS\*

VICTOR HUGO

(A propósito de su libro «Ensayo sobre la indiferencia en materias religiosas.»)

¿Será verdad que hay en el destino de las naciones un momento en que los movimientos del cuerpo social parecen no ser otra cosa que las últimas convulsiones de un moribundo? ¿Será verdad que puede verse desaparecer la luz paulatinamente de la inteligencia de los pueblos, así como vemos que se extingue gradualmente en el cielo el crepúsculo nocturno? Entónces, dicen proféticas voces, el bien y el mal, la vida y la muerte, el sér y la nada se encuentran frente á frente; y los hombres van errando del uno al otro, cual si les fuera dado escoger. La accion de la sociedad no es accion, sino un estremecimiento débil y violento á la vez como una sacudida de la agonía. El desarrollo del espíritu humano se detiene, y comienzan sus revoluciones. El rio ya no fecundiza, engulle; la antorcha ha dejado de alumbrar, consume. El pensamiento, la libertad, sus facultades divinas, concedidas por la omnipotencia divina á la asociacion humana, ceden el puesto al orgullo, á la rebelion, al instinto individual. A la prevision social sucede esa profunda ceguera animal que no ha conseguido distinguir la proximidad de la muerte. Muy pronto, en efecto, la rebelion de los miembros acarrea el desgarramiento del cuerpo, á que seguirá la disolucion del cadáver. La lucha de los intereses pasajeros

reemplaza á la concordia de las creencias eternas. Algo del bruto despiértase en el hombre, que fraterniza con su alma degradada; abdica del cielo y vegeta por bajo de su destino. Entónces deslíndanse dos campos en la nacion. La sociedad ya no es mas que obstinada mescolanza envuelta en noche profunda, donde no brilla otra luz que el centelleo de las espadas que se chocan y la chispa de las armaduras que saltan hechas pedazos. En vano resplandecería el sol sobre las cabezas de esos infelices para que se reconociesen y vieran que todos son hermanos: ocupados en su obra de destruccion, no se apercibirían de ello. El polvo que inunda el campo de batalla les ciega.

Entónces, valiéndonos de la solemne frase de Bossuet, un pueblo deja de ser un pueblo. Los acontecimientos que se precipitan con una rapidez siempre creciente, se impregnan dia por dia de un sombrío carácter de providencia y de fatalismo, y el corto círculo de hombres sencillos que permanecen fieles á las predicciones antiguas, observan aterrorizados si algunas señales visibles no se manifiestan en el cielo. Esperemos que nuestras vetustas monarquías no han llegado todavía á este punto. Hay esperanza de alivio mientras el enfermo no rechaza al médico, y el ávido entusiasmo que despiertan los primeros cantos poéticos religiosos que ha oido este siglo, pruébannos que todavía hay un alma en la sociedad.

A fortificar ese divino soplo, á reanimar esa llama celeste tienden en la actualidad los hombres verdaderamente superiores. Cada uno lleva su chispa al foco comun, y, gracias á su generosa actividad, el edificio social puede reedificarse rápidamente, así como esos mágicos palacios de los cuentos árabes, que una legion de genios terminaba en una sola noche. Por esto nuestros escritores nos ofrecen meditaciones, é inspiraciones nuestros poetas. Levántase por todos lados una generacion seria y afable, impregnada de recuerdos y de esperanzas. Ella reclama su porvenir á los pretendidos filósofos del último siglo, que quisieran que volviese á empezar su pasado; ella es pura, y por lo tanto indulgente, aun para los viejos y descarados culpables que osan reclamar su admiracion; mas el perdon de los criminales no excluye su horror hácia el crimen. No quiere basar su existencia sobre el abismo, sobre el ateísmo y sobre la anarquía; repudia la herencia de muerte con que la persigue la Revolucion; vuelve sus ojos hácia la religion, porque la juventud jamás renuncia voluntariamente á la vida, y por esto mismo exige del poeta mas de lo que diera á las generaciones antiguas. Al pueblo solo le da leyes, pidiéndole en

cambio creencias.

Uno de los escritores que mas poderosamente han contribuido á despertar entre nosotros esa sed de emociones religiosas, uno de los que mejor saben apagarla, es sin contradiccion alguna el abate F. de Lamennais. Habiendo llegado desde sus primeros pasos á la cima de la ilustracion literaria, este sacerdote venerable parece que solo de paso ha encontrado la gloria humana. Sus miras son mas altas.

La aparicion de su Ensayo sobre la indiferencia formará época en este siglo. Preciso es que tal libro encierre un misterio bien extraño, ya que nadie puede leerlo sin que su corazon se sienta henchido por la esperanza ó sea presa de súbito terror, cual si ocultara alguna alta revelacion de nuestro destino.

Sucesivamente majestuoso y apasionado, sencillo y magnífico, grave y vehemente, profundo y sublime, el escritor se encamina al corazon por todas las ternuras, al espíritu por todos los artificios, al alma por todos los entusiasmos. Alumbra como Pascal, incendia como Rousseau, fulmina el rayo como Bossuet. Su pensamiento deja siempre en el ánimo huella de su paso, derribando á cuantos no levanta. Fuerza es que consuele, á no ser que desespere. Marchita cuanto no puede fructificar. No es posible una opinion mixta cuando de tal obra se trata; atácasela como enemiga ó se la defiende como salvadora. ¡Cosa extraordinaria! ese libro era una necesidad de nuestra época, y la moda ha contribuido en gran parte á su éxito. Sin duda que es la primera vez que la moda haya tomado partido por la eternidad. Al par que se devoraba su libro, hánse dirigido al autor innumerables reproches que cada lector en sí hubiera debido hacer á su conciencia. Todos los vicios que él intentaba desterrar del corazon humano se han puesto á vociferar como los mercaderes expulsados del templo. Temióse que el alma quedara vacia una vez limpia de sus pasiones. Nosotros hemos oido decir que ese libro austero entristecía su vida, que ese sacerdote taciturno arrancaba las flores del sendero del hombre. Acordes. Pero las flores que arranca son las que ocultaban el abismo.

La obra que nos ocupa ha producido tambien otro fenómeno, bien notable en los tiempos que corren: la discusion pública de una cuestion de teología. Y lo extraño del caso, lo que ha de atribuirse al interés extraordinario producido por el Ensayo, es que instantáneamente han desaparecido la frivolidad de los hombres de mundo y la preocupacion de los estadistas, ante un debate escolástico y religioso. Por un

momento creyóse ver á la Sorbona renaciendo entre las dos Cámaras,

M. de Lamennais, ayudado en su fuerza por la fuerza de arriba, ha acostumbrado á sus lectores á verle llevar, sin perder el aliento, desde el comienzo hasta el fin de su inmensa composicion, la carga de una idea fundamental, vasta y única. Por todas partes revélase en él la posesion de una gran idea, que desarrolla extensamente é ilumina en todos sus detalles; explícala en todos sus misterios y críticala en todos sus resultados. Se remonta á todas las causas así como descende á todas las consecuencias.

Uno de los beneficios que acarrearán esa clase de obras, es que hacen mirar con profundo disgusto cuanto de irrisorio y de irónico escribieron los jefes de la secta incrédula. Una vez se ha subido á tales esferas, no puede volverse á descender á sitios tan bajos. Desde el momento en que se ha respirado el aire y visto la luz, nadie sería osado á penetrar en un lugar tenebroso y desnudo. Apodérase de nosotros inexplicable compasión viendo á ciertos hombres que gastan su efímero aliento forjando á su manera ó borrando á Dios. Tentados estamos de creer que el ateo es un sér aparte, organizado á su modo, y que le asiste razon de reclamar su puesto entre los irracionales; pues no se concibe esa rebelion de la inteligencia contra la inteligencia. Y luego, ¿por ventura no constituye una extraña sociedad la de esos individuos que poseen cada uno en sí un creador creacion suya, una fé segun su opinion, disponiendo de la eternidad mientras el tiempo se los lleva, y tratando de realizar el multiplex relligio, palabras monstruosas salidas del cerebro de un pagano? Diríase el caos persiguiendo á la nada. Mientras el alma del cristiano, semejante á la llama vanamente atormentada por los caprichos del aire, se remonta sin cesar hácia el cielo, el espíritu de aquellos infieles es como la nube que cambia de forma y de direccion segun el viento que la impele. Y nos mueven á risa viéndolos juzgar las cosas eternas de lo alto de la filosofía humana, así como nos moverían á risa los locos que, para mejor examinar las estrellas, treparan penosamente á la cúspide de una montaña.

Aquellos que traen á las naciones, embriagadas con tantas clases de venenos, el verdadero alimento de vida y de inteligencia, han de tener confianza en la santidad de su empresa. Tarde ó temprano, los pueblos desengañados se estrechan á su alrededor, diciéndoles como Juan á Jesús: *Ad quem ibimus? verba vitæ aeternæ*

habes.

\*Extraído del libro Hombres Célebres

Traductor: Mariano Blanch (1891)

Texto revisado y preparado por José García Postigo.

Fecha realización: Marzo, 2012.

Lugar: Melilla (España.)

2012- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

